

## Borges y la memoria del futuro

Antonio Cajero



**J**orge Luis Borges, El Memorioso, autocrítico implacable, consideró que un libro suyo, *El tamaño de mi esperanza*, editado por primera vez en 1926, debería ser desterrado de la república de sus letras. No sabía que la lectura —y si lo supo se excluyó de la regla— no perdona y que los hijos, aunque impródigos, alguna vez vuelven, aun contra la voluntad del padre.

La serie de ensayos que conforman *El tamaño de mi esperanza* pone al descubierto una faceta poco conocida del Borges disquisidor y, más todavía, del inquisidor: el lenguaje se convierte en protagonista del texto, no la inteligencia ni la fantasía. La voz del Buenos Aires de principios de siglo, los sonidos del puerto vienen de los arrabales y tangos y criollismos: ésa es la base lingüística de *El tamaño de mi esperanza*. (Los criollismos, por ejemplo, van desde el “chapiao”, el “rosao”, la “espaciosidad”, la “verdá”, hasta el “estendido”).

El tema del texto aludido no es nuevo en Borges, pero resulta sobresaliente por incisivo, bandera enarbolada contra la avalancha extranjera que todo copa; la esperanza está en América y sus hijos:

*A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa.*

En *El tamaño de mi esperanza* Borges mira hacia el patio de su casa: ahí se halla el principio y el fin, el presente arrebatado por los “gringos nostálgicos”. Quien sería considerado, más tarde, desarraigado y reaccionario también habla de lucha y americanismo en este libro. Habla de la rosa y sus espinas. Como don Alfonso Reyes, Borges es un gran escritor nacionalista, pródigamente universal. No hay ni dentro ni fuera, sino la búsqueda ontológica, esa persecución del ser que se manifiesta en una ciudad sin literatura. Por ello Borges manifiesta no sólo su esperanza, sus deseos:

*Criollismo, pues, pero un criollismo que sea conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte. A ver si alguien me ayuda a buscarlo.*

No se intenta reconstruir un paraíso perdido sino de construirlo. Los edificadores de la literatura argentina no tardarían en salir a la escena: Borges mismo, Felisberto Hernández, Roberto Arlt, Adolfo Bioy Casares, Julio Cortázar y otros más.

Según el autor de *Ficciones* el Buenos Aires de 1925 no sólo es una “ciudad”, se trata de un país al que debe encontrarse “la poesía y la pintura y la música y la religión y la metafísica”: un ser. Esta profesión de fe permeó, sin duda, la vida y la obra de Borges: fue el primero en dar voz al puerto innombrado: fue el primero en decirlo a los cuatro vientos:

*Pero Buenos Aires, pese a los dos millones de destinos individuales que lo abarrotan, permanecerá desierto y sin voz, mientras algún símbolo no lo pueble. La provincia si está poblada: allí están Santos Vega y el gaucho Cruz y Martín Fierro, posibilidades de dioses. La ciudad sigue a la espera de una poetización.*

Diez años después, en 1935, Borges publicará *Historia universal de la infamia*, *Historia de la eternidad* (1936); después vendrán *Ficciones* y *El aleph*, obras maestras de la literatura latinoamericana. Entonces, sin hablar de ella precisamente, América entra al cauce de la literatura universal: Buenos Aires habría resuelto su problema ontológico, edípico. Cortázar será el verdadero poetizador de la capital argentina. Borges: el símbolo.

*El tamaño de mi esperanza* reúne artículos publicados originalmente en revistas como *Inicial*, *Nosotros* y *Proa*; ahí se infiere ya la proclividad de Borges por asuntos escabrosos como la adjetivación, la crítica rigurosa, la capacidad infinita del idioma, el análisis minucioso, la certeza en la apreciación estética. Asimismo puede distinguirse, como una extensión, la evolución de la crítica borgiana, el estilo y la precisión discursiva. Algo se verá siempre: la medida.

¿Por qué negar la autoría de un texto? Ya Borges había escrito en el mismo libro renegado que “toda literatura es autobiográfica, finalmente”. Bien valdría la pena ver, con base en la premisa anterior, por qué Jorge Luis Borges no sólo se afrenta de un libro, pues, según las palabras citadas, también lo hace de sí mismo, ¿o sería de los otros Borges? Δ

Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*, Seix Barral, México, 1994, 133 pp.

Antonio Cajero. Poeta. Licenciado en Letras Latinoamericanas. Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial la Tinta del Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.